

JESÚS D. RODRÍGUEZ-VELASCO

PLEBEYOS MÁRGENES

*FICCIÓN, INDUSTRIA DEL DERECHO Y
CIENCIA LITERARIA (SIGLOS XIII-XIV)*



SALAMANCA

Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas

Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas

MMXI

CONCLUSIÓN

Cuando empecé mi investigación sobre la escritura marginal, mi interés se centraba en el estudio de los abundantes manuscritos con glosas que los intelectuales del siglo XV acumularon en sus bibliotecas. Me fascinaba esa escritura que, como primera intuición, consideraba más vivaz y menos rígida que la del centro de la página. Pensé, en un arrebato de entusiasmo, que quizá era en esos márgenes donde había que buscar la verdadera creatividad literaria.

Márgenes que en muchas ocasiones habían sido guillotizados por los encuadernadores, lavados por ciertos bibliófilos, excluidos por numerosos editores. Eso les daba un plus de interés, pues parecían, a mis ojos, abocados a la extinción. En mi mente, imaginé que en esa microliteratura laberíntica era donde se podían escuchar las voces de individuos que luchaban por convertirse en escritores. Desde esa pequeña periferia transformaban las circunstancias educativas y materiales en las que les había sido dado

vivir. Personas que en su mayor parte habían pasado su vida activa en guerra, en embajadas, en el exilio, o pululando de corte en corte y de biblioteca en biblioteca, sólo que ninguno había tenido la formación clásica de Rimbaud, de Orwell, de Genet o de Énard.

¿Por qué en los márgenes? Pensaba en los amigos de Coleridge pidiéndole que escribiera en los márgenes de sus libros, o en la pequeña industria de *Buchhandlung* imaginada por Flann O'Brien para hojear y anotar márgenes de bibliotecas cuyos propietarios tenían dinero para comprar libros pero ni tiempo ni ingenio para leerlos. O en Poe, eligiendo libros de amplios márgenes para poder escribir en ellos con libertad, pegando billetes entre las páginas cuando no tenía ya espacio marginal en que seguir escribiendo. Poe luego extirpó sus propias anotaciones marginales y las fue publicando en la *Democratic Review*. Esos márgenes no eran conocimiento, sino reacción e independencia con respecto al conocimiento canónico.

Si quería comprender este tipo de reacción, debía ir a otros espacios de investigación. En este trabajo he querido simplemente presentar uno de ellos: el momento en que la industria de los márgenes del derecho y su

particular teoría de la ficción se convierte en el punto de referencia para un proyecto en el que se propone también el despegue de la actividad literaria y su extracción del ámbito de lo doméstico para situarlo dentro del marco de conocimiento de una ciencia de la literatura. Este proyecto no surge, por otro lado, de entre las compañías de hombres nobles, sino de aquellos que están por todos los medios buscando ennoblecerse y ponen a disposición del público sus plebeyos márgenes.



AGRADECIMIENTOS

Durante años he fingido que podría escribir un libro sobre manuscritos glosados en las bibliotecas privadas de la Castilla del siglo XV. Sólo que no quería escribir ese libro, que siempre se presentaba como una descripción más o menos sistemática de un número elevadísimo de códices conservados. Ese trabajo, ahora ficticio, debería haberse culminado con un catálogo de los manuscritos concretos. Sigo sin querer escribir ese libro. O quizá es que no sé todavía cómo escribirlo.

A cambio, me produce un placer enorme poder escribir acerca de las microliteraturas marginales e ir intentando, a través de tejidos diversos, comprender algunos de los conceptos y acciones, individuales y colectivas, que rodean el proceso de creación de esa escritura marginal en la que los microrrelatos se cuentan por decenas de miles.

Debo indicar que en este libro utilizo parcialmente elementos de una investigación más extensa dedicada específicamente a la codificación y escritura del derecho que estoy desarrollando en un libro titulado *The Law Scratchers* y que verá la luz en algún momento.

Una de las cosas que me hicieron cambiar muchas de mis ideas acerca de estos microrrelatos fue un comentario más o menos marginal hecho en cierta ocasión por Sepp Gumbrecht: si los escritos marginales pertenecen al margen, es necesario dejarlos allí. Luego dijo que la idea de la extracción más o menos aséptica de los márgenes para tratarlos sobre la mesa de disección de las tradiciones le aburría mortalmente. No puedo asegurar que lo dijera exactamente así, pero es así como ahora lo recuerdo. Mi interés es, pues, no tanto catalogar y extraer, sino incidir en los objetos concretos y en sus usos.

Mi primer intento de escribir al respecto fue en 1992, en un tipo de escrito del que mejor no quiero acordarme, y del que espero que Javier San José Lera tampoco se acuerde en absoluto. Después me volví a ocupar del tema en un curso de doctorado durante mi época como profesor titular de Filología Románica de la Universidad de Salamanca, para el bienio 2000-2002. Debo agradecer a María Eugenia Díaz Tena y a Georgina Olivetto que tuvieran la santa paciencia de mantenerse conmigo en aquel proyecto. Antonio Cortijo publicó mi primer trabajo al respecto en *eHumanista*, y luego siguieron dos más, uno publicado en *Romance Philology*, con la ayuda de Jerry Craddock, Barbara De Marco y Julian Weiss, y el último recién publicado en *La Corónica*, gracias a Sol Miguel-Prendes y Juan Carlos Conde. En Columbia University he tenido la suerte de ofrecer un curso de doctorado específico sobre microliteraturas, en el que mis alumnas, Sarah Goldberg, Ana Méndez Oliver, Verónica Rodríguez Torres, Rachel Stein, Anne Freeland, Jane Losaw y Elise Arnold-Levene representaron, para mí, un enorme avance en la creación y discusión de ideas. Sin ellas, este trabajo no sería posible.

Tampoco lo sería sin la inteligencia de mis alumnos en un curso de licenciatura en el que introduje algunos textos marginales y en el que hablamos muy intensamente de historia del libro y de la lectura; por ello merecen mi agradecimiento Stephanie Shih, Mallory Garcia, Myca Conner, José Alberto Delgado, Alexandra Ortiz, Martha Palaguachi, Jovan Stojanovich, Mary Baird, Julia Lee y Debbie Goodman.

Enrique Gavilán me enseñó, desde muy pronto, que casi todo lo que tiene interés en la investigación intelectual sucede primero en el aula.

Noel Blanco Mourelle, Maristela Verástegui, Mario Ariza y Nicole Hughes también han leído y comentado partes de este trabajo, y merecen por ello mi agradecimiento.

Una parte de este texto fue escrito pensando específicamente en Yuri Herrera y en un par de conversaciones bien intensas con él. Horas de diálogo con Claudio Lomnitz han sido una fuente crucial de inspiración para otras secciones. Germán Labrador ha tenido que escuchar, leer y discutir buena parte de lo que está aquí negro sobre blanco.

El texto que ahora se publica es el resultado de una experiencia muy emocionante.

Fue presentado inicialmente como una lección del SEMYR (Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, Universidad de Salamanca), al que tanto debo para mi vida personal e intelectual, en el Aula Magna de la Facultad de Filología, ante un público de personas a quienes conozco a veces desde hace más de dos décadas y con quienes he crecido y a quienes admiro profundamente. Ya he citado muchos de sus nombres anteriormente, pero aquí debo mencionar también a Juan Miguel Valero Moreno y a Francisco Bautista y, más que a nadie, a Pedro Manuel Cátedra. Sin él, no habría podido hacer nada de lo que he hecho a lo largo de mis años de vida intelectual y profesional. Si no está a la altura de sus altísimas exigencias, es sólo culpa mía, y seguiré intentando llegar a interesarle con todas mis fuerzas. Lo mismo me sucede con mi otro maestro y otrora codirector de tesis, Michel Garcia.

A lo largo de los años he podido discutir sobre estos temas con algunas personas claves como Federica Accorsi, Heather Bamford, Vincent Barletta, Emmanuele Conte, Jerry Craddock, E. Michael Gerli, Sara Gonzalez, Eduardo Hernández Cano, Carlos Heusch, Seth Kimmel, Laurie-anne Laget,

Marta Madero, Alberto Medina, Graciela Montaldo, Alberto Montaner Frutos, Chema Rabasa, Eunice Rodríguez-Ferguson, Alessandra Russo y William H. Sherman. Sin el concurso de Eva Belén Carro, cuya paciencia es sólo comparable a su gentileza, esta publicación no tendría lugar.

Aunque mi estilo deja muchísimo que desear, creo haber aprendido algo al respecto en los últimos pocos años, muy en particular gracias a la amistad de Carlos J. Alonso.

Después de la conferencia salmantina, tuve la suerte de encontrarme con toda mi familia y uno de mis hermanos cometió el error de pedirme que explicara mi conferencia en tres minutos. Yo cumplí escrupulosamente con el tiempo, pero inesperadamente se levantó un cierto interés, y empezaron a hacerme preguntas y comentarios que se prolongaron hasta que tuve que partir. Es uno de los momentos más hermosos de todos los momentos hermosos que paso con mi amplia familia. No estoy seguro de que vayan a leer este tomito, pero si lo hacen, sabrán que nada de lo que hago deja de tenerlos a ellos como interlocutores.

A Aurélie, siempre, todo.

Nueva York, 11 de Marzo de 2011.

(88 cumpleaños de Timi Velasco Vela)